recomendaciones y solicitudes, que deben siempre ser prohibidas.

En cuanto á los asuntos que sin salir de Madrid se ventilan, sea en la corte, sea en la villa, suelen arruinar á los interesados por su mortal duración.

Los escribanos españoles son muy tunantes y explotan lindamente su oficio.

Hay varios tribunales, distintos siempre, compuestos por personas de alta calidad y en su mayoría organizados militarmente. El primero es el Consejo de Estado, y los otros llámanse Consejo Supremo de Guerra, Consejo Real de Castilla, Consejo de la Santa Inquisición, Alcaldía de Corte, Consejo de las Órdenes Militares, Consejo Sagrado Supremo y Real de Aragón, Consejo Real de las Indias, Cortes de Castilla, Consejo de Italia, Consejo de la Santa Cruzada, Consejo de Flandes, etc., etc.

Utilízase tan poco el producto del capital y se le descuida tanto, que cuando un padre muere dejando su fortuna en metálico y alguna hija soltera, guárdase todo el dinero en un fuerte cofre, despreciando el interés que podía producir. Por ejemplo, el Duque de Frías dejó al morir, á sus tres hijas, seiscientos mil escudos contantes y sonantes, que fueron encerrados en tres cofres.

La mayor de las niñas no tenía entonces siete años; ahora se ha casado en Flandes, y los tutores que guardaban las llaves de los cofres han abierto uno que constituía el dote de la novia.

El palacio real de Madrid está situado sobre una colina cuya falda bordea el río Manzanares. Desde sus ventanas puede tenderse la vista por una extensa llanura, que ofrece un panorama muy agradable. Á palacio se va desde el centro de Madrid por la calle Mayor, que verdaderamente es muy larga y bastante ancha, estando formada por casas de buen aspecto. La puerta principal del palacio se abre sobre anchurosa plaza, y por muy alta que sea la condición de los personajes que asisten á la corte, vense obligados á dejar sus carrozas antes de llegar al patio principal, exceptuando aquellos días en que se celebran en el patio fuegos artificiales ó

fiestas de máscaras. Unos cuantos alabarderos hacen guardia en la puerta, y como al verlo por primera vez me pareciese cosa rara que á un rey tan poderoso custodiara tan escasa gente, díjome un español:—¡Como! Señora, ¿no estamos aquí todos para guardarle? El Monarca reina de tal modo en el corazón de los súbditos, que no abriga temores ni desconfianzas.

El palacio está situado en un extremo de la villa, hacia el Mediodía, y es de piedra y ladrillo; su fachada principal presenta un aspecto bastante regular, cosa que no sucede con el resto. Dentro hay dos patios cuadrados; el primero tiene dos grandes terrazas sostenidas por pilares que forman arcos elevados. La balaustrada es de mármol y también lo son los bustos que la adornan, y me ha parecido cosa muy singular que los de mujeres lleven colorete en las mejillas y en los hombros. Éntrase por unos hermosos pórticos que terminan al pie de la escalera, la cual es bastante ancha y conduce á varias habitaciones llenas de preciosos cuadros, tapices admirables, estatuas excelentes, muebles magníficos, en una palabra, todo lo que conviene á un palacio real. Pero éste tiene muchos aposentos oscuros que no reciben luz más que por la puerta, porque carecen de ventanas, y los que las tienen tampoco están muy claros, porque sus aberturas son mezquinas. Dicen los españoles que hacen esto para evitar el sol, pues los calores son aquí extraordinarios; pero puede atribuirse tal costumbre á la escasez y subido precio del cristal. Hasta en palacio, como en otras casas, hay muchas ventanas sin cristales. Esta carencia no aparece al exterior, porque la encubren las celosías; y, cuando se quiere alabar una casa para indicar que reune toda clase de condiciones, dícese aquí: En una palabra, tiene hasta cristales. Los balcones del palacio real están dorados, y esto lo hermosea mucho.

Muchos creen que *Le Chateau de Madrid* que Francisco I mandó construir cerca del bosque de Boulogne se hizo tomando por modelo el palacio del Rey de España, pero esto es un error, pues nada se parece menos. Los jardines no responden á la magnificencia de este lugar, no siendo espaciosos ni estando tan bien cultivados como debieran; extién-

dense hasta el borde del Manzanares y están rodeados por un muro, pero si ofrecen alguna hermosura, débensela solamente á la naturaleza. Ahora se trabaja con afán preparando las habitaciones que han de servir á la nueva Reina; todo su servicio está nombrado, y el Rey la espera con gran ansiedad.

El Buen Retiro es una residencia real situada junto á una de las puertas de la villa. Primero el Conde-Duque hizo construir un pequeño edificio que llamó la Gallinera, con objeto de guardar allí algunas aves raras que le habían regalado, y como iba con mucha frecuencia á verlas, la situación de aquel lugar, sumamente agradable, le indujo á levantar allí un pequeño palacio de forma cuadrangular, formado por cuatro pabellones. En medio hay un jardín lleno de flores y un surtidor que arrojando con fuerza el agua sirve para regar las plantas. La parte construída tiene poca elevación, y esto me parece un defecto; sus habitaciones son anchurosas, magníficas y adornadas con bellas pinturas. En todas partes lucen el oro y los colores vivos.

En una extensa galería vi un cuadro que representaba la entrada de la Reina Isabel á caballo y vestida de blanco, luciendo un sombrerillo guarnecido con piedras preciosas, plumas y una garzota; parece algo gruesa, de blanca piel y muy simpática; sus ojos son hermosos; su semblante, dulce y espiritual. El salón en donde se representan las comedias, de una forma muy conveniente y de bastante capacidad, está hermoseado por estatuas y bellas pinturas. Con mucho desahogo pueden estar quince personas en cada uno de los aposentos, que todos tienen celosías, y en el que ocupa el Rey son doradas; no hay orquesta ni anfiteatro, y el público se sienta en largos bancos. Junto á la terraza vese la estatua ecuestre de Felipe II fundida en bronce, cuyo valor es grande; los curiosos entretiénense copiando el caballo. La valla que cierra el Retiro tiene una legua de extensión, y esparcidos por los jardines, en varios lugares, hállanse algunos pabellones muy bonitos y bastante grandes para ofrecer un cómodo alojamiento. Son excesivos los gastos que ocasiona la conducción de agua para el riego y para llenar

un hermoso estanque donde navegan pequeñas góndolas pintadas y doradas que pertenecen al Rey, el cual pasa los fuertes calores del estío retirado en aquellos lugares, donde las fuentes, los árboles y las praderas, refrescando el ambiente, hacen la estancia muy agradable.

La Casa de Campo no es muy grande, pero está bien situada cerca del Manzanares; los árboles son allí muy altos y ofrecen agradable sombra; el agua no escasea y corre apaciblemente hasta llegar á un estanque rodeado por grandes encinas. La estatua de Felipe IV está colocada en el jardín; este lugar, bastante abandonado, tiene casa de fieras, donde he visto leones, osos, tigres y otros animales feroces que se aclimatan bien en España. Van á pasearse por la Casa de Campo los soñadores de oficio y las damas que desean andar por lugares escasamente concurridos.

El Manzanares es un río que no entra en la Villa, y en ciertas épocas no parece arroyo siquiera, ofreciendo su cauce seco, pero en otras engruesa rápidamente y se sale de madre, arrastrando cuanto á su paso encuentra. Durante el estío sirve de paseo para los coches, y en invierno inunda todos los campos vecinos. Esto es ocasionado por el deshielo de las nieves que cubren las montañas y se precipitan en poderosas torrentes hasta el Manzanares, por encima del cual hizo construir Felipe II el puente llamado de Segovia, más hermoso acaso, ó tanto por lo menos, que *Le Pont-Neuf* tendido sobre el Sena en París. Cuando los viajeros llegan al puente de Segovia suelen reirse mucho, pareciéndoles ridículo que se haya construído un puente tan hermoso y tan largo sobre un cauce sin agua, y alguno ha dicho con gracia que aconsejaría la venta del puente para comprar agua con el producto.

La Florida es una residencia muy agradable, cuyos jardines me han gustado mucho; vi en ellos estatuas de Italia esculpidas por la mano de los mejores maestros, aguas corrientes que producen agradable murmullo, flores hermosas cuyo aroma encanta los sentidos, pues allí se cultivan cuidadosamente las más raras y las más odoríferas. Desde la Florida puede bajarse al Prado Nuevo, donde hay surtidores y

árboles muy elevados; es un paseo en extremo agradable, y aunque no es llano el terreno, la cuesta se hace tan dulce que no produce ningún cansancio.

Más allá encuéntrase todavía la Carzuela, donde se gozan bellezas verdaderamente campestres y donde hay algunas habitaciones bastante frescas para que descansen los Reyes cuando regresan de una cacería.

El primer día de Mayo hubo fiestas fuera de la puerta de Toledo, en un lugar llamado el Sotillo, y allí acudieron todos los habitantes de la corte y de la villa. Yo fui también, más para ver que para ser vista, aunque mis vestidos á la francesa, distinguiéndome de las demás, dieron ocasión á que todos repararan en mí.

Las mujeres de nobles familias no concurren á los paseos públicos más que en el día de su boda, y aun aquel día van solas en el coche con su esposo, muy compuestas y atildadas.

Es cosa de ver el efecto que producen dos figuras así, una frente á otra, tiesas como cirios y que se miran sin decir en una hora una sola palabra.

En días determinados todo Madrid se pasea por los sitios preferidos, exceptuando el Rey, que va raras veces, y al pequeño número de personas que le hacen la corte. Resulta muy incómodo el uso de los tiros largos, porque hacen que los caballos ocupen mucho sitio, estorbándose unos á otros; las damas que no pertenecen á la primera nobleza van á los paseos en coche, llevando las cortinillas cerradas y mirando al exterior por pequeños cristales colocados en el testero de la carroza. Al anochecer salen cubiertas y de *incógnito* muchas damas que gozan yendo al Prado á pie, con sus mantillas blancas bordadas en negro, bajo las cuales ocultan el rostro. Solamente las mujeres vulgares y las aventureras usan tales mantillas, pero algunas veces, como he dicho, verdaderas damas de la corte se presentan con tales atavíos. Los caballeros, apeándose al verlas, les dedican frases galantes y donosas; pero si ellos atacan bien, ellas no se defienden peor.

El Conde de Berka, Embajador alemán, me ha relatado que mientras cenaba el otro día con las ventanas cerradas á causa del frío, sintió que golpeaban las celosías de la sala,

y mandando á un criado para que averiguase lo que pasaba, supo que tres mujeres envueltas en sus mantillas iban á rogarle que abriese las ventanas para poder verle. El Conde las invitó á entrar diciendo que en la sala estarían más cómodas, y ellas accedieron, sin descubrirse, quedando de pie arrimadas á un rincón mientras él estuvo sentado á la mesa. En vano les rogó que tomaran sillas y comieran dulces, porque no quisieron aceptar ningún obsequio, y después de haberle dado muchas bromas donde lucieron la viveza de su ingenio en cultas y brillantes expresiones, retiráronse; pero el Embajador las había conocido: eran las Duquesas de Medinaceli, de Osuna y de Uceda; pero queriendo cerciorarse mejor que por sencillas presunciones, las mandó seguir, y el criado que las escoltaba viólas entrar en su palacio por una puerta falsa donde varias doncellas las recibieron. Estas diabluras no siempre se hacen con la misma inocencia.

Cuando llega la noche, los hombres que se pasean en el Prado á pie, acércanse á las carrozas donde ven damas, y arrójanles flores y aguas perfumadas; si se les permite, entran en la carroza con ellas.

Refiriéndome nuevamente al paseo del primer día de Mayo, diré que me parece muy agradable ver á las gentes acomodadas y á las del pueblo descansando en los trigos ó en la ribera del Manzanares, unos á la sombra, otros tomando el sol; unos con sus mujeres y sus hijos, otros con sus amigos ó sus novias; unos comiendo ensaladas de ajos y cebollas, otros huevos duros, otros jamón y hasta *gallinas de leche*. Todos beben agua solamente, y tocan la guitarra y el arpa. El Rey asistió á la fiesta, acompañado por D. Juan de Austria, el Duque de Medinaceli, el Condestable de Castilla y el Duque de Pastrana. Yo solamente vi su carroza recubierta de hule verde, tirada por seis caballos de los más hermosos del universo enjaezados con cascabeles de oro y lazos encarnados. Las cortinas de la carroza eran de damasco verde con una franja de oro, pero iban tan bien cerradas que no se veía lo más mínimo.

Es costumbre que cuando pasa el Rey paren los paseantes sus coches y bajen las cortinas en señal de respeto, pero nos-

otras, siguiendo la costumbre francesa, dejamos abiertas las nuestras contentándonos con hacer un profundo saludo. El Rey notó que yo llevaba un perro faldero que la Marquesa de Alhuye, señora muy amable, me había rogado llevar á la esposa del Condestable Colona, y como yo quería mucho al animalito, esta última me lo enviaba con frecuencia. El Rey me pidió el perro por conducto del Conde de los Arcos, capitán de la guardia española, que aquel día iba, montado, al estribo de la real carroza, y en cuanto le cogió en brazos acaricióle, admirando el hermoso collar de cascabeles y las campanillas que llevaba el animal en el cuello y en las orejas. El Rey tiene una perra llamada Daraxa, á la que quiere mucho, y para ésta me pidió aquellos adornos. Excusado es decir cuál fué mi respuesta, y cuando el Conde de los Arcos me devolvió el perro faldero sin collar y sin campanillas, trájome también una caja de oro llena de dulces, rogándome que como recuerdo la admitiese. No es mucho el valor de tal joya, pero la estimo por venir de quien viene.

Fué sin duda D. Juan, uno de los amigos de mi parienta, quien había hecho notar al Rey que yo estaba en Madrid, porque yo hasta entonces no había tenido el honor de verle.

Dos días después, cuando yo estaba sola en mi aposento ocupada con mi labor, vi entrar á un hombre desconocido, pero cuya presencia y agradable fisonomía me hicieron juzgarle persona de calidad; díjome que, no habiendo encontrado á mi parienta, había resuelto esperar á que regresara, porque le traía una carta. Después de hablar un rato, hizo recaer la conversación acerca de D. Juan, dándome á entender que se figuraba que yo le veía con frecuencia. Repliquéle que, después de mi llegada, el Príncipe había visitado á mi parienta, pero sin preguntar por mí.—Sin duda estaríais enferma en aquella ocasión—dijo el desconocido.—Ni un día estuve enferma desde que llegué á la corte—respondíle,—y siento no haber conocido á D. Juan, porque deseo verle y oirle, ya que tanto bien y tanto mal se dice de su conducta, y querría juzgar en lo que se le hace justicia ó agravio. Mi parienta, á quien yo he confiado estos pensamientos, me ha dicho que no había medio de realizarlos, porque don

Juan es devoto excesivamente y no quiere ni hablar á ninguna dama.—¿Será posible—dijo el desconocido sonriendo—que la devoción le haya puesto en tal estado? Puedo asegurar que un día preguntó por vos y le dijeron que teníais fiebre.

Mi parienta, entrando en aquel momento, quedó muy sorprendida de ver á D. Juan conmigo, y mi sorpresa no fué pequeña cuando descubrí el nombre de aquel personaje. Hablando los dos, él le dijo que no podía perdonarle la idea que de su carácter le había hecho formar, pues ni era beato ni creía que la devoción hiciera salvajes á las gentes.

Parecióme D. Juan un hombre bien portado, galante, de maneras extremadamente delicadas y de un ingenio admirable. Como mi parienta no es lerda, defendióse muy bien contra los reproches que se le hacían; pero cuando salió D. Juan de mi aposento, reprendióme por haberle dicho que yo no había estado enferma. Excuséme diciéndole que yo no sabía lo que ella dijo ni pude adivinarlo, y me contestó que en la corte era necesario adivinar, á menos de aparecer con gusto como un personaje imbécil. Hablando con el Príncipe de los asuntos reales, mi parienta le había preguntado si era cierto que la Reina madre pidió al Rey una entrevista y que éste se la negó. D. Juan de Austria dijo que sólo esta razón privaba á S. M. de ir á Aranjuez, por miedo de que allí fuera á buscarlo la Reina, á pesar de que le estaba prohibido salir de Toledo.—¡Cómo, señor!—dije yo,—¿el Rey no quiere ver á su madre?—Decid más bien—replicóme—si la política del Estado exige tales cosas, prohibiendo á los Soberanos que sigan sus inclinaciones personales, cuando éstas no concuerdan con el bien público. En el Consejo de Estado consultamos siempre para seguir su criterio el espíritu del gran Carlos V en todos los negocios difíciles; examinamos lo que él hubiera hecho en tal ó cual ocasión y tratamos de hacer lo mismo. Yo creo, y son muchos los que piensan como yo, que nuestro gran Emperador no hubiera vuelto á ver á su madre, después de dar ella ocasión para que se la desterrara, y el Rey está persuadido de que esto es también lo que debe hacer.

No me disgustó saber que D. Juan acomoda el genio de Carlos V á su propio criterio.

El Rey ha ido al Buen Retiro, donde he tenido el honor de verle por primera vez en la Comedia, porque abrió las celosías de su aposento para mirar al nuestro al saber que íbamos vestidas á la francesa. La esposa del Embajador de Dinamarca estaba con nosotras vestida del mismo modo, y el Rey le dijo al Príncipe de Monteleón que todas le gustábamos, pero que le pareceríamos mejor si fuéramos vestidas á la española, porque á medida que se fijaba más en los trajes de las damas francesas, más chocantes le parecían, mientras los de los hombres no le disgustaban. Representóse la ópera de Alcina, á la que atendí poco, porque no dejé de mirar al Rey, deseosa de recordar su expresión y sus facciones. Su rostro es pálido y alargado, su frente ancha, sus ojos hermosos y dulces, sus labios gruesos como todos los de la Casa de Austria, su boca grande, la nariz extremadamente aguileña, la barba puntiaguda y levantada, su cabello rubio, lacio y abundante, su cuerpo erguido y brioso y sus piernas cortas. Es bondadoso por carácter, inclinándose siempre á la clemencia; cuando toma varios consejos, sigue aquel que considera más útil á sus pueblos, á los que ama con pasión. No es vengativo, y en cambio es muy sobrio, espléndido y piadoso, siempre inclinado al bien y de fácil acceso para el que lo necesita. Aunque no ha tenido la educación que sirve para formar el espíritu de los Reyes, aprendió lo bastante para cumplir con su deber; en apoyo de este aserto voy á referir algunas cosas que me han contado, y aunque no son muy importantes, agradará conocerlas.

No hace mucho tiempo, la señora del Condestable Colona, que se había retirado en el convento de Santo Domingo, del cual entraba y salía frecuentemente, cansando con este proceder á las monjas, puso á éstas en el caso de que se decidieran á no recibirla más; y en efecto, la última vez que fué le negaron la entrada, diciéndole claramente que podía quedarse en el mundo ó escoger otro retiro. Ofendió á la señora esta negativa, que no era tolerable para una persona de su importancia, y resolvió que sus amigos hablasen en su

favor al Rey, el cual mandó decir á la abadesa que desistiera de sus propósitos y fuera una vez más condescendiente. La abadesa y todas las monjas, obstinándose, dijeron que presentarían á Su Majestad las razones que habían tenido y tenían aún para negarse rotundamente á tales pretensiones; y cuando recibió el Rey esta respuesta, echóse á reir diciendo:—Con mucho gusto recibiría yo á las monjas, que vendrían en procesión cantando: *Liberanos Domine de la Condestabile;* pero ellas no fueron, tomando el partido de la obediencia, que al fin y al cabo es el mejor.

Hace algunos días, mientras llovía y tronaba en abundancia, el Rey, que se divertía muchas veces dando bromas sencillas á sus cortesanos, encargó al Marqués de Astorga que le aguardara sobre la terraza del palacio. El amable viejo indicóle sonriendo:—Señor, ¿tardaréis mucho tiempo en ir?—¿Por qué me lo preguntáis? le respondió el Rey. El Marqués replicóle:—Es que si tarda Vuestra Majestad mucho, puede mandarme llevar el ataúd para meterme ya en él, porque no es probable que resistan mis años una borrasca semejante.—Salid, salid, Marqués, dijo el Rey, que yo iré á encontraros. El Marqués salió, y sin dudar un momento metióse en su carroza y se hizo conducir á su casa. Al cabo de dos horas el Rey dijo:—Seguramente ya estará mojado hasta los huesos el buen Marqués de Astorga; que le avisen, porque le quiero ver de tal modo. Contestáronle que no había ido el Marqués á la terraza, y el Rey dijo que le agradaba, pues veía que no sólo era viejo el de Astorga, sino también prudente.

Prendióse hace poco en las cercanías de palacio á una de las más hermosas cortesanas de Madrid disfrazada de hombre, la cual había herido á su amante imaginando que la despreciaba injustamente; habiéndola encontrado el amante, reconociéndola por la voz, y por el modo de esgrimir la espada, no quiso emplear la suya para defenderse, y abriendo su jubón, le ofreció el pecho desnudo para que se vengara.

Creía, sin duda, que no estaba ella bastante colérica para hacerlo en tales circunstancias, pero equivocóse de medio á medio, porque acercándose más la dama, le atravesó ha-

ciéndole caer muy mal herido; viendo correr la sangre y creyendo al amante muerto, arrojóse al suelo dando gritos espantosos, arañándose la cara y arrancándose los cabellos; las gentes que pasaban, amontonándose á su alrededor, comprendieron que quien tales extremos hacía era una mujer disfrazada; la justicia llegó y la detuvo, pero algunos caballeros que pasaban en aquel momento contaron lo que acababa de suceder al Rey, que demostró deseo de hablar á la dama, para lo cual ésta fué introducida en el palacio.

—¿Eres tú—le dijo—quien ha herido á un hombre cerca de aquí?

—No lo niego, señor; quise vengarme—contestó ella—de un ingrato que me había prometido ser fiel y sé que ama también á otra.

—¿Y por qué—replicó el Monarca—estás afligida después de haberte vengado?

—¡Ah, señor!—continuó diciendo ella.—Encontré mi castigo buscando mi venganza; estoy desesperada, y suplico á V. M. que ordene mi muerte, porque yo debo morir.

Al Rey dióle compasión, y volviéndose hacia los que le rodeaban, dijo:

—En verdad, no puedo suponer que haya en el mundo pena mayor que amar sin ser amado. Vete libre; tienes demasiado amor para que te quede conciencia de lo que haces; pero cuida de ser más prudente en adelante, y no abuses de la libertad que te doy.

Retiróse la mujer y fué sin que nadie la obligara á la cárcel, donde se encierra á los miserables que han tenido mala conducta.

Cuanto he dicho del Rey me ha distraído de la ópera de Alcina, como me distrajo su presencia. Vila representar el primer día fijándome tan poco que cuando la volví á ver me pareció nueva. Jamás he presenciado un espectáculo tan pobremente servido. Hacíase descender á los dioses á caballo, y el sol era de papel pringado de aceite, detrás del cual había una docena de linternas encendidas.

Cuando Alcina realiza sus encantamientos invocando á los demonios, salen éstos cómodamente de los infiernos subien-

do por unas escaleras; el gracioso dice mil impertinencias; los cantores tienen buena voz, pero no buena escuela de canto. Antes dejábase asistir mucha gente á estas representaciones aun cuando el Rey las presenciara, pero esta costumbre ha cambiado y ya no entran en la sala más que los grandes señores, los títulos y los caballeros de las órdenes militares. El teatro es muy bonito y, como ya dije antes, está pintado y dorado, y sus aposentos se cierran con celosías semejantes á las de la Ópera en París. El sitio destinado al Rey es magnífico, y en cuanto al gusto del público, sólo diré que la más hermosa comedia (me refiero á las representaciones que se hacen en la villa) es con frecuencia silbada ó aplaudida, según el capricho de algún miserable. Hay, entre otros, un zapatero que con frecuencia decide, y goza de un poder tan absoluto, que cuando los autores acaban sus obras vense obligados á ir á su casa para recomendarse á su condescendencia. Muéstranle las comedias, y el zapatero toma su aire grave para decir mil inconvenientes majaderías que se ve obligado el poeta á tolerar. Al fin, cuando llega el día de la primera representación, todo el público tiene fijos los ojos en el gesto y actitud del estúpido zapatero, á quien imitan los jóvenes, cualquiera que sea su calidad, siguiendo sus movimientos. Si bosteza bostezan, si ríe se ríen; á veces le domina la impaciencia, y sacando un pito, comienza á silbar; al mismo tiempo, cien pitos más, aturden la sala con sus notas agudas y dan dolor de cabeza á los espectadores. Así se desespera muchas veces el pobre autor, cuyos desvelos y cuyos trabajos están á merced de la buena ó mala voluntad de un canalla.

En la sala donde se representan estas comedias hay un lugar denominado cazuela, donde se recogen todas las damas de problemática virtud y todos los caballeros que quieren hablar con ellas, armando muchas veces tal ruido que dominaría la voz del trueno, y diciendo palabras tan graciosas que hacen morir de risa, porque no tiene límite su ingenio. Las damas aludidas conocen las aventuras de todo el mundo, y cuando alguna les da ocasión á pronunciar una frase picante, aunque á Sus Majestades se refiera, nunca la

callan, y preferirían al silencio el castigo de ser ahorcadas media hora después de haberla dicho.

En esta corte las comediantas son verdaderamente adoradas; casi todas entretienen la pasión de algún alto personaje, dando lugar á riñas y desafíos, donde algunos caballeros han perdido la vida. Yo no sé lo que tendrán de atractivo tales mujeres, pero con la peor facha del mundo y derrochando de una manera estupenda, saben aprisionar de tal modo á sus amantes, que más bien dejarían morir éstos de miseria á toda su familia que ver á su pedigüeña comedianta con un deseo mal satisfecho. Estamos atravesando una estación muy incómoda, porque se acostumbra en este tiempo mandar las mulas á las padreras, y casi todo el mundo ha de ir á pie; los más altos personajes guárdanse apenas dos mulas para su servicio, y la mayoría de los caballeros toman, por esta causa, la costumbre de ir á caballo con frecuencia.

Los caballos que se usan en las corridas de toros, y que son diestros para sortear el peligro en esta clase de fiestas, alcanzan muy subido precio y son muy codiciados. El Rey, deseando divertirse, ordenó que se diera una corrida el día 22, de lo cual me alegré mucho, porque sólo conocía por referencia espectáculo tan brillante. Ahora ya lo he presenciado; como el Conde de Kœnigsmarck, que es sueco, quisiera torear, dedicando su valeroso atrevimiento á la hija de una de mis amigas, tuve doble motivo para ir con más gusto á la Plaza Mayor, donde mi pariente, en calidad de título de Castilla, tenía un balcón reservado cubierto con un dosel y muy lucido con tapices y almohadones del guarda-mueble de la corona. Para informaros de todo lo que ocurre y de qué modo se realizan tales fiestas, comenzaré por decir que cuando el Rey ordena que se hagan, condúcense á los montes de Andalucía ciertas vacas mansas que se nombran *mandarinas*. En aquellos lugares hállanse los toros más fieros, que al ver á las hembras, las cuales conocen bien su juego (permitidme que hable así), acércanse rendidos á enamorarlas; ellas huyen, ellos las persiguen, hasta que llegan al camino, á los lados del cual se han puesto vallas, á veces durante una extensión de cuarenta ó cincuenta leguas, para que los toros no